

S.I.C

Sistema Integrado de Consciencias

Cristhian Amengual



AUREA
EDICIONES

©S.I.C. Sistema Integrado de Conciencias
Sello: Soyuz
Primera edición, Agosto 2019

© Cristhian Amengual 2019

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Portada: Christoph Peters
Ilustraciones Interiores: Claudio Ahumada
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 290129
ISBN: 978-956-6021-21-6

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se vera expuesto a reclamación legal.

*“There is no escape—we pay for the violence of our
ancestors.”*

*—from ‘The Collected Sayings of Muad’Dib’
by the Princess Irulan*

FRANK HERBERT — DUNE

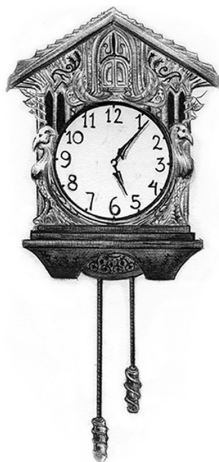
*“No importa tanto lo que han hecho del hombre,
lo que importa es lo que él hace con lo que han hecho de él.”*

SARTRE

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
I - DÍA DE LOS DOSCIENTOS	10
II - PERCEPCIONES EXTRASENSORIALES	21
III - RUIDO	42
IV - EXTRACCIÓN DEL OPILIÓN H.00	52
V - ANOMALÍA	68
VI - ATAQUES HUMANOS	74
VII - TRIFEKTA	97
VIII - RESET DAY	119
IX - POZOS CONTAMINADOS	138
X - ROMAN STOICH	153
XI - LA FURIA DE LITOST	163
XII - MARDUKAR	172
XIII - EN EL BANDO DE LOS BUENOS	187
XIV - TODO VOLVERÁ A LA NORMALIDAD	207
HITOS	236
TERMINOLOGÍA TALMEN	237

PRÓLOGO



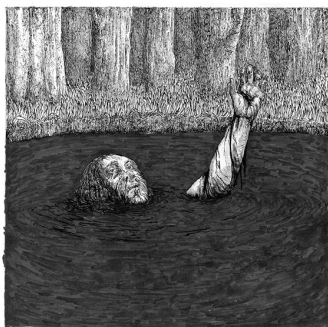
6 de agosto, año 2184. Época Óbito

Pasado

Roman Stoich, con una sonrisa en el rostro, golpeaba los pedazos de vidrio del ventanal recién reventado para poder pararse en el borde y mirar hacia abajo. El cielo estaba cubierto de nubes grises. Apenas distinguió al grupo escuálido de personas que se interesaron por lo que sucedía ahí arriba, en su oficina del piso doscientos sesenta y dos. Por su ropa se inmiscuyó una brisa que le acarició la espalda, como dándole el empujón que requería, reafirmando su resolución. Enseguida se dejó caer y mientras se empinaba hacia el cemento de la calle, la algarabía de su psique, su inteligencia junto a sus aprensiones y anhelos, se desvanecieron. En la última milésima de segundo, justo antes de reventarse sobre un mendigo, el pavimento mutó a un mar sanguinolento repleto de cadáveres, desechos de animales, muerte.

I

DÍA DE LOS DOSCIENTOS



*épsilon 18, año 314. Época Talmén
(326 años después)*

Presente

Bulsara Stoich avanza entre la arboleda y se detiene justo antes de la cúpula exorbitante de energía azulina que se erige frente a él, que parece una pared pues no se alcanza a percibir la curvatura cientos de metros más arriba. Todo lo que habita en su interior —una superficie de 110.000 kilómetros cuadrados— se conoce como el Antrológico: el sector que mantiene recluidos a los humanos que quedan en la Tierra desde el Reset Day. Enseguida presiona su muñeca y atraviesa caminando el campo de fuerza como una pulga ingresando a una burbuja. Se dirige a los pozos.

En el año 2196, al inicio de la Época Talmen, Meinem, el conglomerado que controla un tercio del planeta, mandó a construir varios pozos para los humanos confinados en el domo con el fin de permitirles utilizar el Sistema Integrado de Consciencias en su beneficio, pero el emprendimiento fue un fracaso. En más de tres siglos se han registrado apenas una centena de sumersiones, pues los caudillos de las tribus del Antrológico se han asegurado de que la gente se mantenga alejada de ellos y los considere malditos.

Bulsara Stoich va a sumergirse en los pozos para vivir la vida de Roman Stoich, su padre fallecido, por primera vez sin que lo monitoreen y sin que antes Litost, el arquitecto que diseñó a la talmenidad, se lo haya pedido. Por primera vez está dispuesto a desobedecer las órdenes de quien lo ha guiado durante más de trescientos años. Justo después de la muerte de su progenitor, vivir su vida y conectarse al opilión H.00 que Roman Stoich tenía implantado en la nuca, no era tan terrible para Bulsara como ahora. Al menos no más terrible que vivir la vida de cualquier otro sahayaak, cualquier otra persona fallecida. Pero la tranflexión de su padre cambió hace veintidós años atrás, cuando la consciencia de Bulsara pudo acoplarse a la frecuencia nebular y terminó alojándose demasiado cerca de la anomalía contenida en el implante H.00. Desde entonces está obligado a seguir las órdenes de un ente desalmado, y cada una de las tranflexiones de su progenitor implican sufrimiento, muerte, delirio. *Por eso Litost nunca se ha atrevido a sumergirse en Roman Stoich, piensa. Después de todo, es un cobarde. Tampoco le importa lo que la experiencia le hizo a Jin Moon. Jin, te extraño tanto.*

Avanza por el bosque, la luz de la luna colándose entre las ramas de los árboles. Estaría más nervioso si no se sintiera tan exhausto, tan derrotado. Las instrucciones que recibió ayer del ente fueron sencillas y claras: debe seleccionar a doscientos humanos con implante, ignorar a los infantes, y hundirse a la hora exacta en los pozos indicados. Así que ahora solo tiene que obligar a doscientos humanos a sumergirse junto a él, lo que no debería ser complicado, porque apenas lo vean, espera que cedan a su voluntad.

Y así sucede; apenas ven acercándose entre las sombras de la noche a Bulsara, el primer Klar en la historia de la talmenidad, un lagarto humanoide de cuatro metros de estatura, empuñando un lubben congelante de cañón ancho, se rinden en un santiamén a sus peticiones. *Después de tres siglos desde el Reset Day, los humanos siguen aterrados de nosotros*, piensa al tiempo que saca un tracker de su bolsillo y presiona el botón para saber quiénes son los que le sirven, y quiénes tendrán la suerte de salvarse. De inmediato unos puntos azules comienzan a titilar en las nuca de algunas personas de la tribu que se miran atónitos, sin entender qué les sucede; son los elegidos. Bulsara selecciona a doscientos y enseguida, como un pastor al rebaño, los guía hacia los pozos. Los humanos están vestidos con pieles de animales, tal como lo hacían en la antigüedad; hombres y mujeres, pero ningún infante. Les cuesta ver el camino en la oscuridad, hasta que llegan a un claro más adelante y se detienen de golpe cuando ven la explanada de tierra en frente de ellos regada de pozos negros. El Klar dispara una ráfaga congelante a un

tronco, a modo de advertencia, incitando a los humanos a posicionarse en los hoyos, pero nadie se mueve. Enseguida se acerca a un hombre alto y corpulento, lo levanta del cuello como si no pesara nada y lo deja en uno de los pozos. Una de las personas de más atrás aprovecha el momento para girarse y correr, pero Bulsara lo alcanza en segundos y de un coletazo le corta las piernas. El hombre se queda tirado en la tierra revolcándose, chillando desesperado. Bulsara vuelve su atención a los demás, ve que se apuran hacia los hoyos negros y se quedan ahí parados en silencio, incómodos, moviendo los pies hundidos en el líquido azabache, que por alguna razón que desconocen, no los engulle hasta el fondo. Enseguida le quita la ropa al hombre mutilado y lo lanza en uno de los orificios. Luego se despoja de la túnica que cubre su piel escamosa, deja el arma en el suelo y hunde las garras de los pies en el pozo de al lado.

—Quítense la ropa —ordena a los humanos, pues es necesario estar desnudo para conseguir una conexión impecable, absorber el lamur adecuadamente y mantener a salvo las consciencias.

El ulular de los búhos y el canto de unos cuantos grillos es lo único que interrumpe el silencio ominoso mientras todos se quitan los trapos que usan por prendas y las dejan a un costado de las piscinas negras. Bulsara percibe el terror en cada uno de los rostros pálidos. No le puede importar menos el destino de estas personas, ni quienes son o qué hacen con sus vidas. *Ahora conocerán al ente*, piensa con desprecio y asco, y activa el S.I.C. Enseguida observa atento a los humanos hundiéndose con lentitud,

por si alguien más sucumbe al pánico y se le ocurre escapar. Para cuando el lamur les llega al cuello, con el único fin de reducir la ansiedad de los infelices que les toca conectarse al opilión H.00 el día de hoy, les dice:

—Respiren con normalidad, el sistema impide que se ahoguen.

Las cabezas de los prisioneros del Antrológico se hunden en el líquido negro, chapotean, chillan gritos sordos hasta que por reflejo respiran el lamur que rezuma en sus interiores, tranquilizándolos.

Bulsara pronuncia el código para activar su pozo, libera el aire de sus pulmones, se hunde, y para cuando está flotando en la negrura que no le permite ver su mano a un centímetro de distancia, absorbe el lamur hasta que su corporalidad desaparece en el ojo de su mente, para concentrarse en el sahayaak, su padre.

—Inicio tranflexión: *épsilon 18 de 314, 3:30 horas*—

—Destino: *6 de agosto de 2184, 5:06 horas*—

—Sahayaak: *Roman Stoich: Opilión H.00*—

Para los humanos la tranflexión es una experiencia que ni siquiera tienen la capacidad de concebir, pero para Bulsara es una tortura reconectarse al opilión de su padre, vivir otra vez los últimos momentos de su vida, cuando Roman se levantó del sofá del despacho de su mansión, pensó incoherencias, se subió al auto y recorrió por horas la ciudad para llegar al edificio donde trabajaba y, finalmente, con una sonrisa estúpida golpeaba los pedazos de cristal, para pararse en el borde de la ventana de su oficina y saltar al vacío. Bulsara vuelve a sentir, como

cada vez que se inmiscuye en la vida de su progenitor, la brisa que rozó su piel, le permitió a su mente silenciar las bocinas, los motores, las alarmas, toda la bulla de la ciudad que ensordecía sus días y le dio el empujón necesario para reventarse en el pavimento. Pero justo antes de caer sobre el mendigo, vislumbró un mar de desechos y muerte, el cual solo él y Jin Moon conocen. *Y recién ahora viene lo peor, se prepara el Klar.*

El padre murió en el pasado y en el presente todo se torna borroso para el hijo, caótico. Bulsara experimenta un tormento que no sabe cómo describir, que nunca sabe cuánto dura hasta que aparece de repente, sin saber cómo, en medio del bosque y ve al frente la casa victoriana: una construcción de madera de dos pisos, tan impecable que parece erigida hace poco, pero no puede ser, porque la arquitectura es anacrónica, ajena al lugar y al tiempo. El techo está saturado de nieve. Lo extraño es que Bulsara nunca ha visto nevar en este lugar y ninguna de las plantas, helechos, flores o árboles de alrededor, tienen una pizca de blanco, además que la nieve no se desliza por la inclinación de la techumbre hasta el pasto del patio delantero. *He llegado. Ahora tengo que conseguir entrar.*

Siempre es lo mismo. La tranflexión transporta su consciencia hasta este lugar, pero después no se puede mover, entonces se esfuerza para que sus piernas reaccionen y poder llegar a la puerta, pero es inútil, no puede controlar sus movimientos. El sentimiento es parecido al de los sueños que tenían algunos humanos, en los que algo o alguien los perseguía y tenían que huir, pero no

podían porque el cuerpo no les obedecía y no importaba cuánto lo intentaran, solo andaban amorfamente hasta despertar.

Bulsara mira hacia la ventana redonda debajo del triángulo del techo y a través del visillo blanco distingue sombras que pareciera levitan de un lado a otro. En el balcón, al lado izquierdo, ve la silueta oscura de un hombre apoyado en la baranda de fierro blanco, una lucecita se enciende y apaga a la altura del rostro, humo escapa hacia arriba. Lo mismo de siempre, excepto que ahora escucha gritos de horror, llantos, quejidos, un sinfín de voces tortuosas que deambulan como el viento y parecen envolverlo. *Los doscientos miserables que me obligó a traer hasta acá...*

Vuelve la vista a la ventana. Una de las sombras empieza a crecer y a elevarse hacia el cielo como nubes tormentosas que se acercan a él. *No quiero sentir dolor otra vez*, se anticipan los pensamientos de Bulsara. La turba de humo se posa sobre su cabeza y lanza pedazos de granizo que atraviesan su hombro y su rodilla, como meteoritos calientes que lo hacen gritar de dolor. Uno de ellos atraviesa la parte baja de su espalda y se asienta en su estómago como un fierro hirviendo que le revuelve las entrañas. Siente en su abdomen un quiebre en el plano de la realidad enrollando y sonsacando sus intestinos. Se revuelca en la tierra con los ojos abiertos y venosos hasta que por unos segundos el dolor desaparece. Aprovecha el momento para levantarse y correr despavorido hasta la puerta que cierra de golpe tras de sí. Respira hondo. Su aliento sale por la boca en un remolino de vaho blanco.

Ayer pensó en terminar con todo el asunto, tomar un lubben y dispararse en la nuca. Pero cambió de opinión al instante. *No puedo elegir el mismo destino que Jin Moon ¡Pero es imposible huir! No tiene sentido que lo intente otra vez. No soporto más. Lo lamento, Jin. Tenías razón, soy un cobarde. Me rindo.* Abre los ojos que cambian a verde violeta, adaptándose a la luz. Una escalera por la que nunca ha subido se yergue frente a él. La voz ronca del ente se inmiscuye por los pasillos como un mantra de cientos de voces que dicen:

—Ven a mí, ven a mí...

Bulsara se queda apoyado en la puerta, tieso de miedo, escuchando los murmullos que se apagan gradualmente hasta que las sienes le dejan de latir. Sabe lo que tiene que hacer. *No tiene sentido seguir aplazando lo inevitable.* Como lo ha hecho en todas las ocasiones anteriores, camina por el pasillo ancho y largo a su derecha que está bordeado de arrimos con vasijas adornadas con flores incoloras. Se detiene al frente de la puerta que se manifiesta a su lado, cierra los ojos y las fosas nasales, estira el brazo y deja que la puerta se abra con lentitud, sin moverse ni un centímetro. No quiere verlo ahí sentado, no quiere oler la podredumbre, no quiere sentir el vértigo.

Esto es lo que rehúsa: atrás suyo está el pasillo de la casa, pero adelante, en vez de una alcoba, se yergue un paisaje grotesco. Justo en frente, flotando sobre una cascada de cadáveres de animales y personas, en medio del cielo despejado, el ente está sentado en un Barcalounger, más bien, está atrapado. Sus brazos se mezclan como jalea con el tapizado de cuero negro. Todo su cuerpo está

adherido al sillón y la fusión de ambos forma una masa monstruosa, derretida, como si un ser de arcilla hubiese sido lanzado contra la butaca, para explotar sentado. Si Bulsara da un paso y cruza el umbral, caería al vacío, cientos de metros hasta las aguas torrentosas rebalsadas de muerte.

—Al fin nos uniremos en un...

Las voces se interrumpen al mismo tiempo que un espasmo recorre a Bulsara, que abre los ojos y ve al ser que aborrece intentando separarse del sillón, esforzándose por liberar los brazos, por desprender su cuerpo de la masa que se estira, pero se niega a soltarlo. Luego escucha una serie de ruidos que no puede descifrar, entre gritos, gemidos y estática. Se agarra del marco de la puerta para no perder el equilibrio, pero sin aviso, los enden—esfínteres largos en las palmas de sus manos—, se abren de golpe y expelen con violencia el gas de tricomas. *¿Qué me está pasando?* Lo invade otro espasmo. El gas aumenta, lo rodea. *Pero es distinto, tiene otro tono, huele diferente, como si estuviese contaminado.* Bulsara no puede controlar el torrente, direcciona sus brazos lo más lejos que puede, vomita.

Cae al mar de muerte.

—*Fin tranflexión*—

En los bosques alrededor de los pozos donde Bulsara y los humanos permanecen sumergidos, los pájaros abandonan a sus crías en los nidos, las lagartijas, ratas y ardillas se alejan a toda velocidad entre los troncos y las raíces.

La tribu de humanos asentada en las inmediaciones enfrenta con lanzas y antorchas al éxodo de animales que arrasa con todo. Cuando ven a leones, tigres y rinocerontes arremetiendo despavoridos hacia ellos, trepan a los árboles o se acurrucan entre las piedras para protegerse. Al finalizar la estampida, uno de los jefes ordena a tres hombres acompañarlo a ver qué ha sucedido. Caminan cautelosos entre las raíces y el musgo, con los estómagos apretados. Saben que se acercan a los pozos. Llegan al claro plagado de hoyos negros.

En ese instante, un neus, esos huevos flotantes en que se trasladan los talmen, aterriza junto a ellos. De la compuerta sale una mujer que se queda mirándolos en silencio. Es alta, delgada, de piel tan blanca como la nieve, con los tentáculos que tienen todos los de su especie saliendo de su cabeza y unos pies que parecen garras. Más bien se asemeja a un fantasma. Les ordena que se retiren y ellos obedecen.

Mercury Mithreen camina por los recovecos entre los pozos. El líquido en sus interiores se agita como nunca antes lo había visto y no encuentra a nadie flotando. Ajusta sus iris, que cambian de amarillo a plomo, para poder ver al interior de los hoyos, y se le escapa un resoplido de asombro al distinguir lo que hay bajo el líquido azabache. Recorre el resto del lugar incrédula, contando en voz alta. Son exactamente doscientos humanos. En uno de los agujeros, flotando inconsciente, encuentra a Bulsara Stoich.

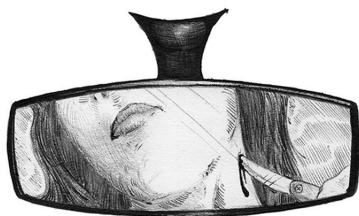
La luminosidad del ambiente cambia, como si alguien hubiese quitado un velo del cielo. Ella mira hacia arriba y

no lo puede creer: la cúpula de energía azulina que mantiene encerrados a los humanos hace trescientos catorce años, se difumina hasta desaparecer.

—Bulsara, viejo amigo, ¿Qué has hecho? —musita con su cara desfigurada.

II

PERCEPCIONES EXTRASENSORIALES



*iota 20, año 314. Época Talmen
(seis meses después)*

Ruy llega a los pozos al tiempo que el sol sale por la cordillera y las primeras luces comienzan a iluminar la mañana, camina por los recovecos entre los hoyos negros, escuchando un podcast de su ídolo, la dos veces vestibulum Jin Moon, que habla sobre la Época Óbito, en específico sobre el sahayaak Juliana Katik. Intuye que hay un mensaje oculto en las palabras de Jin Moon, que solo podrá descifrar conectándose al opilión, viviendo la vida de la humana. El lamur negro, quieto como una roca, lo calma. Se desnuda, posa sus pies en el pozo, activa el S.I.C. y desaparece en la oscuridad bajo la tierra, donde no escucha ni ve, para sumergirse en el mundo de los muertos.